

La Iniciación

Â

El iniciado es aquel que posee la Iâmpara de Trismegisto, el manto de Apolonio y el bastÃ³n de los patriarcas. Â La Iâmpara de Trismegisto es la razÃ³n ilusionada por la ciencia, el manto de Apolonio es la posesiÃ³n completa de sÃ-mismo, que aÃ-sla al sabio de las corrientes instintivas, y el bastÃ³n de los patriarcas, es el socorro de las fuerzas ocultas y perpetuas de la naturaleza. Â La Iâmpara de Trismegisto alumbraba el presente, el pasado y el porvenir, muestra al desnudo la conciencia de los hombres, e ilumina los repliegues del corazÃ³n de las mujeres. La Iâmpara brilla con triple llama, el manto se pliega tres veces y el bastÃ³n se divide en tres partes. Â El nÃºmero nueve es, por tanto, el de los reflejos divinos; manifiesta la idea divina en toda su potencia abstracta; pero manifiesta tambiÃ©n el lujo en la creencia y por consecuencia la supersticiÃ³n y la idolatrÃ-a. Â Por Ã©sta causa Hermes lo ha hecho el nÃºmero de la iniciaciÃ³n porque el iniciado reina sobre la supersticiÃ³n y por la supersticiÃ³n, y puede marchar solo en las tinieblas, apoyado en su bastÃ³n, envuelto en su manto e iluminado por su Iâmpara. Â La razÃ³n ha sido otorgada a todos los hombres, pero no todos saben hacer uso de ella; es una ciencia que es necesario aprender. La libertad ha sido ofrecida a todos, pero no todos pueden ser libres; es un derecho que es preciso conquistar. La fuerza es para todos, no todos saben apoyarse en la fuerza, es un poder del que es necesario apoderarse. Â No llegamos a nada que nos cueste mÃ¡s de un esfuerzo. El destino del hombre es el de enriquecerse con lo que gane y que de seguida tenga como Dios la gloria y el placer de dar. Â La ciencia mÃ¡gica se llamaba en otro tiempo el arte sacerdotal y el arte real, porque la iniciaciÃ³n daba al sabio el imperio sobre las almas y la aptitud para gobernar las voluntades. Â La adivinaciÃ³n es tambiÃ©n un privilegio de los iniciados, pues la adivinaciÃ³n no es otra cosa que el conocimiento de los efectos contenidos en las causas y la ciencia aplicada a los hechos del dogma universal de la analogÃ-a. Â Las acciones humanas no se escriben solamente en la luz astral; dejan tambiÃ©n sus huellas sobre el rostro, modifican el porte y el continente y cambian el acento de la voz. Â Cada hombre lleva consigo la historia de su vida, legible para el iniciado. Porque el porvenir es siempre la consecuencia del pasado y las circunstancias inesperadas no cambian casi nada de los resultados racionalmente esperados. Â Puede, pues, predecirse a cada hombre su destino. Se puede juzgar de toda una existencia por un solo movimiento; un solo defecto presagia una serie de desgracias. El iniciado todo lo comprende y nada le asombra. Â La iniciaciÃ³n preserva de las falsas luces del misticismo; da a la razÃ³n humana su valor relativo y su inhabilidad proporcional, uniÃ©ndola a la razÃ³n suprema por medio de la cadena de las analogÃ-as. Â El iniciado no tiene, pues, ni esperanzas dudosas, ni temores absurdos porque no posee creencias irracionales; sabe lo que puede y nada le cuesta osar. AsÃ-, para Ã©l, osar es poder. Â He aquÃ-, pues, una nueva interpretaciÃ³n de los atributos del iniciado; su Iâmpara representa el saber; el manto en que se envuelve representa su discreciÃ³n y su bastÃ³n es el emblema de su fuerza y de su audacia, Sabe, osa y se calla. Â Sabe los secretos del porvenir, osa en el presente y se calla acerca del pasado. Â Sabe las debilidades del corazÃ³n humano, y osa servirse de ellas para realizar su obra y se calla sobre sus proyectos. Â Sabe la razÃ³n de todos los sÃ-mbolos y de todos los ocultos, osa practicarlos o abstenerse sin hipocresÃ-a y sin impiedad y se calla sobre el dogma Ãºnico de la alta iniciaciÃ³n. Â Sabe la existencia y conoce la naturaleza del gran agente mÃ¡gico, osa realizar los actos y pronunciar las palabras que le someten a la voluntad humana y se calla sobre los misterios del gran arcano. Â AsÃ- podÃ©is verle con frecuencia triste, pero nunca abatido ni desesperado; con frecuencia pobre, pero nunca envilecido ni miserable; con frecuencia perseguido, pero nunca rechazado ni vencido. Â Imitemos su ejemplo, aprendamos con perseverancia; cuando sepamos, osemos y callÃ©monos. Â Â%oliphas LÃ©vi Â Â Â

Â